

INFILTRADO

Albert Sabater Pla
INFILTRADO

Título original: Infiltrado
Primera edición: diciembre de 2021

© Albert Sabater Pla
Corrección: Noni García y Gema Tacón
Diseño de portada. Mónica Gallart

El autor apoya la protección del *copyright*.
Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
copiada, fotocopiada, almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso por escrito del
autor o editor.

Dirjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos
<http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de la presente obra.

**A mis estimadas amigas Marisol F. y Cristina D.,
Gracias por permitirme ser el único hombre
en vuestro club de chicas.**

**El tiempo es la única cosa valiosa
que no podemos comprar, vender o prestar.**

Introducción

Desde que se reinstauró la democracia en España, la Guardia Civil, entidad de tradición militar, fue la encargada de mantener el orden público y el cumplimiento de la ley en todo el territorio nacional. A esta labor se le unió en 1986 la Policía Nacional, un cuerpo armado de naturaleza civil.

En 1983, el Parlamento de Cataluña restableció el cuerpo de policía catalana, los Mossos d'Esquadra, fundada el año 1719 e inactivos durante la dictadura que asoló España desde el inicio de la Guerra Civil el 1 de abril de 1939.

La primera promoción de agentes, que salió a las calles el mismo año, tuvo unas funciones específicas: la protección de personalidades, menores y el juego.

En 1984, se establecieron comisarías en Tarragona, Lleida y Girona, y en 1992, la Sede Central Operativa en la calle Bolivia de Barcelona. Ese mismo año se envió a Estados Unidos una dotación de agentes para formarse de cara a los juegos olímpicos que aquel año iban a celebrarse en la capital catalana, Barcelona.

El verdadero despliegue del cuerpo empezó el año 1994 en la comarca de Osona, y se extendió paulatinamente por todo el territorio catalán hasta que en 2005 llegó a la capital, Barcelona. Finalizó el

año 2008 con las comarcas de Tarragona y tierras del Ebro.

Dicho despliegue fue total, integrándose de manera global y efectiva en todas las competencias: justicia, tráfico, orden público, protección de personas, alta montaña, explosivos...

Muchas de las plazas para nuevos agentes fueron ocupadas por integrantes de la Guardia Civil que decidieron servir en este cuerpo, y de tal forma no perder el empleo y mantener su destino geográfico. Hoy, los Mossos d'Esquadra es uno de los cuerpos policiales más respetados y admirados de todo el mundo.

CAPÍTULO PRIMERO

1988

I

Fermín Estrada tenía veinticinco años cuando entró en la academia de policía de Barcelona. Su aspecto físico era formidable, de constitución alta y delgada. Iba al gimnasio dos o tres veces por semana, salía a correr casi todas las mañanas y hacía unos cuantos largos en la piscina los viernes por la tarde. Aunque nunca alardeaba, con las chicas tenía bastante éxito, testigo de ello era su hermana Lola, que estaba más que harta de cogerle los recados cada vez que una de sus admiradoras llamaba a casa. A pesar de eso, nunca fue un conquistador, simplemente tenía amigas con las que salía a divertirse, al cine, a la playa o de excursión.

Su padre, un pastor protestante de los de la vieja escuela, recto y severo como pocos, no en vano era metodista y presbiteriano, trató de impedir con todas sus fuerzas que ingresara en la academia, pero, a pesar de ello, no lo consiguió. Sus convicciones eran más fuertes que la tenacidad de su progenitor.

El periodo que siguió fue bastante duro. En nueve meses tuvo que adquirir nociones básicas de derecho, prevención y seguridad, administración y otras asignaturas, además de defensa personal y manejo de armas de fuego.

En la academia conoció a Marcelino Contreras, un aspirante que, como él, esperaba superar las pruebas físicas y aprobar las de conocimientos a la primera.

Marcelino era un muchacho joven, un par de años menor que Estrada. Alto, de tez blanca y barba cerrada, aunque siempre iba perfectamente afeitado. Su pelo, de color castaño, que siempre llevaba cortado al estilo militar.

Provenía de una familia acomodada de Sant Cugat, pueblo cercano a Barcelona, y, al igual que Estrada, su padre tampoco aprobaba que ingresara en el cuerpo de policía.

Por suerte, ambos superaron todos los requisitos y se licenciaron. Estrada consiguió hacerlo con honores al ser el primero de la promoción, y Contreras, el segundo.

Olía a verano, a calor, a fiesta, a aprobado y a fin de curso. Los dos estaban eufóricos y con ganas de comerse el mundo. El futuro se abría ante ellos, lo tenían todo: juventud, salud, un proyecto de vida y un futuro prometedor.

—A ver qué destino nos dan —dijo Marcelino mientras recogían todos los enseres de las taquillas de la academia.

—A ti seguro que te mandan a Vielha —bromeó Estrada—. ¡Con lo que odias el frío! —rió con ganas.

—Mira que eres mamón. No... Espero que me manden a Barcelona.

—En Barna no hay nada todavía.... ¡Que no te enteras, Contreras! Habrá que conformarse con las

otras capitales. A mí me da igual con tal de salir de aquí. ¡Nos espera un mundo nuevo, Marcelino! ¡Vamos a triunfar! —gritó eufórico.

—¡Señores, ya están colgados los destinos! —exclamó un joven alto y moreno que pasó por detrás de ellos a la carrera.

Se miraron un segundo y salieron rápido hacia la entrada, donde estaba el tablón de anuncios, con una amplia sonrisa dibujada en sus rostros.

Marcelino empujó a Estrada para que chocara con una fuente, pero la esquivó con destreza.

—¡Serás mamón! —se quejó.

Le dio un golpe en el tobillo. Marcelino perdió el equilibrio y cayó de bruces.

—¡Estrada! Eres un traidor —gritó desesperado, intentando levantarse.

—No me pongas a prueba, Contreras —rio divertido mientras caminaba hacia atrás.

Marcelino intentaba ponerse de pie de nuevo. Estrada regresó para ayudarlo. Le tendió la mano y el otro la cogió con fuerza. Se puso en pie y retomaron el camino al galope, uno al lado del otro.

Cuando llegaron a la entrada, había un considerable número de jóvenes observando el tablón de anuncios.

—Vamos, Marcelino, que estos se han adelantado.

—Estrada se abrió paso a empujones hasta que llegó al tablero.

—¡Bingo! —exclamó satisfecho.

—¿Bingo?

—¡Nos vamos a Tarragona, amigo!

—¿Los dos? ¿Juntos?
—¡Joder, Contreras! ¡Que no te enteras!
—No me voy a librar nunca de ti —bromeó su amigo.
Contreras buscó su nombre en el listado, y comprobó que su destino y el de Estrada estaban unidos, por lo menos, por el momento.

Estrada y Contreras estaban frente a la puerta del despacho del que iba a ser su jefe. Esta se encontraba cerrada, aunque, gracias al cristal translúcido, intuían la silueta del sargento sentado tras una mesa. Se hallaba situado en la segunda planta de la comisaría de Tarragona, en una esquina del edificio, por lo que tenía la suerte de contar con dos ventanas y vistas a dos calles distintas.

—Bueno, ya estamos aquí —dijo Contreras algo nervioso.

—A ver qué nos depara el futuro. ¡Hoy es el primer día del resto de nuestra vida, amigo!

Contreras suspiró.

—¿Preparado?

—Vamos, Contreras. ¡Valor y gloria! —dijo con mucho ánimo.

—¡Valor y gloria! —respondió no muy convencido.

Contreras golpeó dos veces el cristal con los nudillos de la mano derecha y esperó.

—¡Pase! —gritaron desde dentro.

Abrió la puerta y entraron los dos. Se detuvieron ante el escritorio en posición de firmes.

El sargento Gonzalo Reyes era un hombre de unos cuarenta y cinco años, alto, delgado y con el pelo cortado al estilo militar. Lucía un bigote que recordaba al que Tom Selleck llevaba en la serie de televisión *Magnum PI*.

—¡Buenos días, señor! Agente Marcelino Contreras.

—Agente Fermín Estrada, señor.

—Buenos días, muchachos. Os esperaba. —Buscó en una bandeja archivadora y sacó un par de papeles—. Contreras y Estrada —hizo una pequeña pausa—. Estrada, primero de la promoción —levantó la vista y lo miró con indiferencia de arriba abajo—. Veremos cómo te comportas en la calle, muchacho.

—No le decepcionaré, señor —afirmó solemne.

—Estrada ha sido el primero de la promoción por mérito propio, señor —afirmó orgulloso de su compañero.

—¿Tú qué eres su novia o su abuela? —preguntó, levantando una ceja. Cogió el cigarrillo que humeaba en un cenicero de propaganda de Cinzano y le dio un par de caladas nerviosas.

—No..., señor... —dijo desconcertado.

—Bien... Van a estar de prácticas durante dos meses con los agentes Villalonga y Padrós.

Los jóvenes asintieron en silencio.

—Lo haremos bien —aseguró Estrada.

—Es usted muy pretencioso, Estrada. Espero que así sea. No soporto las decepciones. ¡Ni a los pretenciosos!

Estrada no contestó, aunque deseaba hacerlo.

—No le decepcionaremos, señor —aseguró Contreras.

—¡Más les vale! Venga, márchense de aquí. ¡A trabajar! Villalonga y Padrós están abajo, pregunten en recepción.

—¡A la orden, señor! —contestaron los dos a un tiempo. Dieron media vuelta y salieron del despacho.

Bajaron a la planta baja y se dirigieron a la recepción. Había agentes que entraban y salían de la comisaría, y varios ciudadanos hacían cola para preguntar en uno de los mostradores.

—¡Eh, pimpollos! —gritó un agente de mediana edad y una prominente panza.

—¿Villalonga? —preguntó Estrada.

—Él es Villalonga, yo soy Padrós —especificó el gordo.

—Yo soy Estrada, y este Contreras.

—Tú ven conmigo, Pimpollo —señaló a Estrada con el dedo. Se dio la vuelta y echó a andar hacia la salida. Daba la sensación de que no se había puesto el pantalón correctamente y lo llevaba caído.

—Me llamo Estrada, Fermín Estrada.

—Está bien, Pimpollo, vamos al coche. —Estrada lo dejó correr, por lo menos, de momento.

Fueron al *parking* subterráneo.

—El vehículo 023 —dijo Padrós. Caminaron en silencio hasta que llegaron al coche—. Toma las llaves, Pimpollo —se las lanzó. Estrada las cogió en el aire.

Se sentó en el asiento del conductor. Padrós se dejó caer en el lugar del acompañante de tal modo que el viejo coche se balanceó considerablemente un par de veces. Su camisa luchó por no romperse y los botones quedaron completamente en tensión.

—¿Adónde vamos?

—Primero, salgamos de aquí.

Estrada giró la llave del contacto y el vehículo se puso en marcha. Lo guio hasta la salida.

—¿Derecha o izquierda? —preguntó al detener el vehículo en la acera.

—Derecha.

—De acuerdo —dirigió el coche hacia la derecha.

—¿Por qué decidiste ingresar en el cuerpo? —preguntó de pronto.

—Siempre he querido ayudar a la gente.

Bajó la ventanilla y apoyó el codo. Estrada se dio cuenta enseguida de qué tipo de persona era.

—¿Eso es lo que te enseñan a decir en la academia?

—Nunca nos dicen qué debemos decir —respondió tan molesto como sorprendido por la pregunta.

Pararon en un semáforo.

—Entonces, ¿qué es lo que te enseñan? —Estrada hizo caso omiso a la pregunta.

—¿Cuál es nuestra misión exactamente?

—Dar vueltas y esperar a que pase el día lo más pronto posible —dijo con una amplia sonrisa que mostró unos dientes bastante amarillos.

El semáforo se puso en verde de nuevo.

—Gira a la derecha, Pimpollo.

—Padrós, te he dicho que me llamo Estrada.

Padrós le miró de reojo, pero no dijo nada.

Tras dar varias vueltas, terminaron en un polígono industrial. Tomaron un camino sin asfaltar que discurría entre descampados y zonas aún sin urbanizar.

—Por aquí suele haber drogadictos y putas —aseguró Padrós. Estrada conducía lentamente,

intentando descubrir a alguno de los adictos entre la maleza.

—¡Písale un poco, muchacho! ¡Que nos van a dar las uvas!

—¿Tienes prisa? —preguntó desafiante.

—Nos ha salido gallito el Pimpollo. —Estrada no contestó, aunque le costó no hacerlo.

—Mira allá. Parece una mujer —dijo, señalando a su derecha. Detuvo el vehículo y Padrós resopló con desgana.

—No podemos pararnos por cada puta con sobredosis que encontremos —se quejó de mala gana—. Tú da el parte por radio y ya vendrán a por ella.

—Puede necesitar nuestra ayuda, creo que se mueve —abrió la portezuela y bajó para dirigirse hacia el cuerpo.

Se colocó unos guantes de látex y le tomó el pulso. Era una mujer blanca y, aunque estaba tumbada completamente en el suelo, parecía bastante alta. Vestía una falda muy corta que permitía ver perfectamente su ropa interior y un top que solamente cubría, sin mucho esmero, unos pechos prominentes.

—No pierdas el tiempo, está frita —aseguró con indiferencia mientras observaba por encima del hombro cómo Estrada la atendía.

—Aún tiene pulso —dijo tras tomarlo en su cuello.

—Mierda... —cogió la radio que llevaba al cinto—. Patrulla 023 a central.

—Adelante 023 —se escuchó por el altavoz.

—Manden una ambulancia a la calle 26. Una posible sobredosis. Mujer blanca de veintitantos años.

—Veinticuatro —afirmó Estrada, que acababa de encontrar su documentación en un pequeño bolso que estaba junto a la mujer.

—Veinticuatro años, central.

—Recibido 023. Una ambulancia va para allá.

—Cierro.

Hasta que llegó la ambulancia, Estrada se mantuvo al lado de la mujer. Retiró la jeringuilla de su brazo y la atendió lo mejor que pudo con los conocimientos que había recibido en la academia de policía.

Sacó la linterna que llevaba en uno de los bolsillos del cinturón policial. Subió uno de sus párpados e iluminó la pupila. Sus ojos eran azules como el cielo en un día de verano.

—Miosis presente.

—¿Eso qué es? —preguntó Padrós

—Las pupilas están completamente contraídas y no reaccionan a la luz. Es un síntoma de abuso de fármacos.

Padrós no dijo nada.

La ambulancia no tardó en llegar. Estabilizaron a la mujer y la subieron. Abrió los ojos un momento y vio a Estrada, que estaba a su lado.

—¿Dónde van a llevarla? —le preguntó a uno de los sanitarios.

—Al Juan XXIII.

—Gracias, muchachos.

Los sanitarios subieron al vehículo y se marcharon.
—La de papeleo que vamos a tener que rellenar —se quejó Padrós—. No deberíamos haber parado. Tendríamos que haber avisado al forense.

—¿Y dejarla morir?

—Ya está muerta de todos modos.

Estrada no comprendía la actitud de Padrós. Volvieron al coche policial y continuaron patrullando.

—¿Y usted por qué se hizo policía?

Padrós guardó silencio por un momento.

—Mi abuelo fue Guardia Civil, y mi padre también...

—Y supongo que usted debía mantener la tradición familiar.

—Sí, supongo que sí...

—¿Cuántos años hace que está en el cuerpo?

—En la policía catalana, desde que se fundó. Pedí el traslado desde la Guardia Civil.

—Entonces, hace...

—Unos veintiocho o veintinueve años.

—¡Toda una vida! —dijo Estrada con la intención de ganárselo.

—Toda una vida —afirmó Padrós melancólico. Sacó la cabeza por la ventanilla y escupió.

Cuando terminó su turno, fue directamente a los vestuarios para cambiarse. Contreras estaba frente a su taquilla, solamente llevaba puestos los pantalones y buscaba dentro del armarito una camiseta.

—¡Contreras! ¿Qué tal te ha ido con Villalonga?

Metió la llave en la cerradura de su taquilla y la abrió. Sacó su ropa de paisano y la dejó sobre el banco de madera que había en medio del pasillo.

—Bien, es un buen tipo. Hemos estado patrullando toda la mañana sin novedad. ¿Y a ti con Padrós?

—¡Ufff! Es todo un personaje —dijo en voz baja—. He visto una mujer tirada en un descampado, y si no llego a ir yo al volante, ni siquiera hubiera parado.

—¡Joder!

—Pues sí, amigo... Es todo muy raro.

—Yo me voy al piso. Estoy cansado y quiero dormir un poco.

Estrada y Contreras habían alquilado un pequeño apartamento en el centro de Tarragona.

—Yo iré un poco más tarde. Voy a ir al hospital a ver a la mujer.

—¿A qué mujer?

—A la que he encontrado esta mañana, ¡que no te enteras, Contreras!

—¿Vas a ir al hospital a verla? ¿Por qué?

—Quiero comprobar que está bien.

—Está buena, ¿eh? —Se puso la camiseta y cerró su taquilla.

—Tú siempre pensando en lo mismo...

—¿Entonces?

—Ya te lo he dicho, solo quiero ver cómo está, asegurarme de que se encuentra bien.

—Tú sabrás. Me marcho a casa. No hagas ruido cuando entres, quiero descansar. ¡Valor y gloria!

—¡Valor y gloria, amigo!

Contreras se alejó por el pasillo y Estrada continuó cambiándose de ropa.

El hospital Juan XXIII estaba situado cerca del centro de Tarragona, a unos dos kilómetros del Balcó Mediterráni, uno de los lugares más frecuentados por los turistas, y cerca del piso que habían alquilado él y Contreras.

En recepción le indicaron que la mujer se encontraba en la habitación 602. Tomó el ascensor y subió a la sexta planta.

Tocó dos veces la puerta. Nadie contestó. Esperó un momento y abrió con cuidado. De la nada apareció una enfermera.

—¿Qué desea? No puede entrar ahí.

Buscó en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó la identificación policial.

—Llega tarde, agente.

—¿Ha muerto?

—No, pero llega tarde —afirmó la mujer de mediana edad y que parecía bastante estricta—. Deberían haber aparecido antes de que terminase en este estado. Deberían eliminar las drogas de las calles.

—Haré todo lo que pueda, señora.

—¡Señorita! —exclamó molesta.

—No me extraña —murmuró por lo bajo.

—¿Cómo dice?

—Que me gusta la lasaña.

—¿Lasaña? Aquí no damos lasaña. Manzanas hervidas y sopa de fideos.

—Debo interrogar a la paciente —abrió la puerta y entró sin despedirse. Cerró de nuevo tras de sí.

La habitación estaba en penumbra. Solamente entraba un poco de luz a través de una cortina veneciana que cubría una de las ventanas.

Se acercó en silencio a la cama. No había nadie más en la habitación. La mujer parecía dormida.

—Hola —dijo en voz baja cuando vio que tenía los ojos abiertos.

—Tú eres quien me rescató —respondió con acento extranjero.

—Pensaba que estabas inconsciente.

—Creo que lo estaba. Pero recuerdo tu voz y creo que te vi —tragó saliva—. Gracias —dijo con la voz rota.

—No tienes que agradecerme nada. Es mi trabajo.

—¿Has venido a interrogarme? —preguntó de forma casi imperceptible.

—No... No... He venido a ver si estabas bien.

Encendió una luz de lectura que había encima de la cama. Su cara estaba limpia y su pelo, que era largo y negro, había sido lavado.

—¡Vaya! Tienes mucho mejor aspecto.

—¿Intentas ligar conmigo? —preguntó con desgana.

—Ni mucho menos —se sintió avergonzado—. ¿Por qué te haces esto?

—¿El qué?

—Hacerte daño. Drogarte.

—Mi vida es una mierda.

—¿Una mierda? ¿Cuál es el problema?

—No sabes a qué me dedico, ¿verdad?

—¿Eres prostituta?
Asintió en silencio. Una lágrima surgió de pronto y recorrió rápidamente su mejilla.

—¿Qué puedes decirme de tu chulo?
—Nada. Me matará si sabe que he hablado con la policía.

—No estoy aquí como policía.
Volvió a asentir en silencio.

—¿Cómo te llamas?
—Estrada.

—¿Eso es un nombre o un apellido? —sonrió por primera vez, mostrando unos dientes blancos y bien alineados.

—Un apellido. Todo el mundo me conoce por Estrada.

—¿Tan feo es tu nombre?
Estrada rio.

—No es habitual, por lo menos, no ahora. Me llamo Fermín.

—Tienes razón.

—¿En que es feo?
—No, en que no es habitual.

—¿Y tú cómo te llamas?
—Natalia. Natalia Ceban.

Estrada asintió en silencio.

—¿Cómo has terminado así, Natalia?
—Es una larga historia —dijo con pocas ganas de contarla.

—Tengo tiempo —se sentó en el sillón que había junto a la cama.

—Soy moldava. Quise venir a trabajar.
—¿Y qué pasó?
—Me engañaron —subió las sábanas hasta su quijada, como si quisiera protegerse.
—¿Qué quieres decir exactamente? ¿Cómo pudieron engañarte?
—En Moldavia pagué a un hombre que me prometió que iba a traerme a España.
—¿Cuánto le pagaste?
—Cuarenta mil leus. Todos los ahorros de mis padres. Todos los ahorros de su vida —lamentó.
Estrada resopló apenado.
—Pero algo más tuvo que pasar para que terminaras así —preguntó intrigado.
—Cuando llegué aquí, nos llevaron a una casa. Nos tuvieron varios días allí, encerradas en una habitación. Nos obligaron a dormir en el suelo y solo nos dejaron un cubo para hacer las necesidades.
—Entonces, ¿había más chicas contigo?
—Sí, unas ocho. Pero el viaje lo hicimos tres. O sea, dos y yo. Las otras ya estaban en la habitación.
—¿Y qué ocurrió para..?
—Al cabo de unos días, nos dijeron a las tres recién llegadas que debíamos más dinero. Que nuestra estancia aquí producía unos gastos que debíamos asumir.
—¿Cuánto dinero?
—Dos mil euros más y cincuenta por día. Pero es imposible pagarlo todo. La pelota es cada vez más grande. Entonces, nos obligaron a prostituirnos

—empezó a llorar desconsoladamente—. Yo... Yo era virgen... Se lo dije a... a Alexandru, el que nos trajo... Y... ¡Me violó! —Se tapó la cara con las manos y volvió a llorar. Estrada se fijó en ellas. Eran unas manos con unos dedos largos y delgados, las uñas estaban bien cortadas y, aunque no estaban pintadas, se veían bien cuidadas—. Dijo que ahora ya no era virgen y no había problema, que debía trabajar para pagar la deuda.

—¡Hijo de puta! —exclamó Estrada malhumorado.

—No puedo huir... Si me atrapan, me matarán, y si no me cogen a mí, matarán a mi familia en Moldavia.

Estrada puso la mano sobre la suya. Natalia la retiró atemorizada.

—Tranquila, no tengas miedo.

Se levantó y se dirigió a la ventana. Apartó la cortina un poco y la luz pintó de color una parte de la estancia.

Cuando volvió a su lado, se dio cuenta de que era mucho más bonita de lo que pensaba. Sus ojos eran grandes y de un azul tan claro que nunca antes había visto en una persona. Su tez blanca y sus mejillas ligeramente sonrosadas.

—Vendrán a matarme.

—No lo harán —dijo muy seguro de sí mismo—. ¿De dónde sacaste las drogas? ¿Te las dieron ellos?

—No.

—¿De dónde las sacaste? —volvió a preguntar.

—De un traficante. Es de la familia, pero no se dedica a la trata ni a la prostitución.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—Me matará si se entera de que te lo he dicho, Estrada.

—¿Crees que se lo diré?

La mujer guardó silencio. Estrada miró su reloj de pulsera.

—Aguarda un momento. —Salió de la habitación y fue directamente al mostrador de las enfermeras.

—Buenas tardes, ¿qué desea? —preguntó amablemente una enfermera bastante joven con el pelo rubio y lacio.

Estrada sacó su identificación policial.

—Buenas tardes, señorita. La paciente de la 602 necesita protección. Haga el favor de llamar a seguridad.

—¿Ocurre algo?

—De momento, no, pero es preferible tomar precauciones. ¿Me permite hacer una llamada?

—Naturalmente, agente. —Tomó el teléfono, un modelo Heraldo de Telefónica de color verde pálido y lo subió al mostrador.

—Muchas gracias —dijo con una sonrisa amable. La mujer le devolvió el gesto.

Estrada marcó el número del despacho del sargento Reyes.

—¡Reyes! —dijeron al otro lado de la línea.

—Soy Estrada.

—¿Quién?

—Estrada, Fermín Estrada. Me he incorporado esta mañana.

—¿Y qué quieres, Estrada? ¿No has terminado tu turno?

—Sí, señor, pero he ido al hospital para ver cómo estaba la chica de la sobredosis de esta mañana.

—¿Y está bien?

—Mejor que esta mañana, señor...

—Pues vete a casa, Estrada.

—No puedo hacer eso, señor... Esta chica está aterrorizada, es prostituta y temo por su seguridad.

—Cuando te vi esta mañana, sabía que eras distinto.

—Gracias, sargento —hubo un momento de silencio.

—¡Y que me ibas a dar por culo! —exclamó divertido.

—Me ha estado hablando de una red de prostitución, sargento. Me gustaría investigar un poco por mi cuenta, con su permiso.

Reyes guardó silencio un momento, que se hizo eterno para Estrada.

—¿Qué necesitas?

Estrada suspiró aliviado.

—Alguien en la puerta. Temo que puedan venir a matarla.

—Está bien. Hecho. Llegará en media hora.

—Señor, ¿a quién va a mandar?

—A Morales. Es de confianza.

—¿Está seguro?

—Lo estoy. Es mi sobrino.

—En ese caso, seguro que no hay nadie mejor.

—No lo hay —aseguró.

—Gracias, señor. Le mantendré informado.

—No me falles. Y no te pongas en peligro —colgó el aparato.

Estrada hizo lo propio.

—Gracias, señorita —dijo, devolviéndole el teléfono.

—De nada, agente —le miró directamente a los ojos y le dedicó una sonrisa.

Regresó a la habitación junto a Natalia.

—Pensé que no volverías.

—Pues aquí estoy. Va a venir alguien a custodiarte.

—Se sentó en el sillón.

—¿Estoy detenida?

—No.

—Bien... —hizo una pequeña pausa—. Cuando me echen de aquí, no sé adónde voy a ir.

—No te preocupes por eso ahora. Veamos antes cómo evoluciona todo. Primero, tienes que recuperarte.

—Está bien. Puedes abrir toda la cortina, si lo deseas.

Estrada se levantó del sillón y fue a la ventana. Descorrió la cortina y la habitación quedó iluminada por completo. Volvió a sentarse.

—¿A qué te dedicabas en Moldavia?

—Soy maestra. Hacía dos años que había terminado mi carrera. No encontraba trabajo, solo me ofrecían prácticas y suplencias. Estuve casi todo ese tiempo haciéndolas. Normalmente, no nos pagaban, y si lo hacían, era una miseria. Al final, me decidí por venir aquí y probar suerte. Mis padres vendieron el coche

para que pudiera pagar a ese maldito... —hizo una pausa—. Y tú, ¿cuánto hace que eres policía?

Estrada miró su reloj de pulsera.

—Unas ocho o nueve horas. Hoy es mi primer día.

—Entonces, ¡estoy perdida! —bromeó. Luego sonrió.

—Deberías sonreír más.

—¿Por qué?

—Porque es más sano que fruncir el ceño. Y además tienes una bonita sonrisa.

—En Prepelita, mi pueblo, había un chico que me decía eso a menudo. *Ai un zâmbet frumos*. Pero nunca le hice demasiado caso. No era mi tipo...

Estrada sonrió en silencio.

—¿Quién te vendió la droga?

—Si te lo digo, irás a por él.

—Sí.

—Entonces... —hizo una pausa para pensar—, no te lo diré.

—¿Por qué? —preguntó molesto.

—Me matarán. Vendrán a por mí y me matarán —afirmó aterrada.

—No lo permitiré. Pero tienes que decírmelo para poder ayudarte.

—No podrás evitarlo... No sabes de lo que son capaces.

—Ni ellos de lo que yo soy capaz. Dímelo y podré cambiar esta situación.

Pensó por un momento.

—Está bien —dijo al fin—. Le llaman Seis Dedos, Armando Seis Dedos.

—¿Dónde puedo encontrarle?

—En Camp Clar.

—¿Dónde es eso? Recuerda que solamente llevo un día en Tarragona —rio, y Natalia también sonrió.

—En la zona de... Hay un campo de fútbol. Camp Clar es un barrio, uno de los más humildes de Tarragona.

—¿Es dónde está el polideportivo?

—No, más al sur. El campo de fútbol está al lado de una zona sin edificar, a unos cincuenta metros hacia dentro hay una caseta abandonada de unos antiguos agricultores. Allí suele estar Seis Dedos.

Llamaron a la puerta. Estrada se levantó y abrió despacio.

—Soy Morales —dijo un muchacho un par de años más joven que él. Le mostró su identificación policial.

—Pasa, soy Estrada —abrió la puerta para que entrara y mostró su identificación. Se dieron un apretón de manos.

—Reyes me ha dicho que hay que proteger a una mujer.

Caminaron hasta la cama.

—Te presento a Natalia Ceban.

Se saludaron. Volvieron a llamar a la puerta y Estrada fue a abrir. Tras ella aguardaba un hombre de mediana edad con el pelo canoso y un traje barato de color oscuro. Le acompañaban dos hombres vestidos con el uniforme de la empresa de seguridad del hospital.

—Buenas tardes. Soy el jefe de Seguridad del hospital. ¿Cuál es el problema?

Estrada se identificó, salió fuera y cerró la puerta.

—Esta mujer está en peligro. Dentro habrá un agente las veinticuatro horas, pero quiero a un hombre aquí fuera. Puede estar sentado, pero no debe marcharse sin que haya un nuevo agente custodiando la puerta.

—¿Alguna indicación más?

—Debe ir armado y estar dispuesto a usar el arma.

—De acuerdo.

—Si no hay ninguna pregunta más...

—Por el momento, no.

—En ese caso, a trabajar —le dio la mano al jefe de Seguridad, que la apretó con determinación.

Uno de los agentes de seguridad del hospital se quedó en la puerta y el otro se marchó con su superior.

Estrada volvió a entrar y se acercó a la cama.

—Natalia, debo marcharme.

—Si me dejas sola, me matarán.

—No estarás sola. Hay un hombre fuera y Morales se quedará aquí contigo.

Morales asintió en silencio.

La mujer no se quedó muy convencida. Estrada le cogió la mano para tranquilizarla, y esta vez no la retiró.

—No me moveré de aquí, señorita. No se preocupe. Más tarde vendrá una agente femenina, por si... Bueno, ya me entiende... Su intimidad... —dijo con una

amplia sonrisa que mostró dos hoyuelos en las mejillas.

—¿Lo ves? No debes preocuparte por nada. Tengo que irme.

Natalia apretó con fuerza la mano de Estrada. Estaba aterrada. Él sonrió y ella le soltó. Hizo un ademán a modo de despedida y salió de la habitación en silencio y sin mirar atrás.

FIN DEL CAPÍTULO DE CORTESÍA.

Puede adquirir la copia completa en www.sabaterpla.com